

## Jeanne d'Arc, por Joseph Delteil

“**E**H sí! Juana de Arco es una muchacha de diez y ocho años, con sombrero campana y medias de seda. Debemos imaginar verla con nuestros propios ojos, palparla con nuestras propias manos. Imaginar es rejuvenecer. Es dactilógrafa, o quizá vendedora en las Galeries Lafayette. Ella parte, manda los ejércitos franceses, conquista Europa, Asia. He aquí la verdadera Juana de Arco.»

El muy atrevido de José Delteil tiene razón. Por lo demás, en Francia, siempre tiene razón el atrevimiento. «Sé alegre y audaz», le decían las Voces a Juana. «Audacia, audacia, siempre audacia, y Francia está salvada», dijo más tarde Danton. Delteil está en la tradición. Ojalá su libro despierte las energías de mis compatriotas. Lo que nos hace falta, actualmente, en el desbarajuste de una victoria echada a perder, es una voz que grite y un brazo que obre: «Audacia...»

Decíamos que el atrevido de José Delteil tiene razón. Pueden escandalizarse los mojigatos y reír con sorna los que él moteja de «almas flacas»: no le quitarán a su Juana de Arco ser realmente hermosa, sana, viva, tal una magnífica y madura fruta de santidad. Surge triunfante, vigorosa, de entre las páginas polvorientas de las viejas crónicas, nos tiende la mano, nos mira con sus grandes ojos de mujer resuelta, de mujer pura, sus ojos de santa y de soldado; se burla gentilmente de nuestras nerviosidades y cobardías Siglo XX, nos muestra el radiante camino de la fe, del amor, y de la energía. A nuestra veneración hacia ella se une el afecto. Ya no es para nosotros sólo un gran nombre del calendario, una heroína nacional: es una

amiga, una compañera, una consejera, un profesor de energías, una «copine du ciel», tal como, según Delteil, eran para Juana de Arco las Santas Catalina y Margarita. ¿Y por qué no? El pueblo de la Edad Media se gastaba adorables familiaridades con la Divinidad. En su imaginación, el Verbo se hacía carne. Cristo, la Virgen, los Santos, eran sus contemporáneos, y en sus pinturas, en sus ventanales, en las esculturas de sus catedrales, los representan vestidos como cualquier hijo de vecino. Por eso son tan llenos de vida y de fe sus monumentos. En cuanto el sentimiento religioso empieza a ser una abstracción, en el siglo XVII, pierden las iglesias su formidable belleza, su pasmoso poder de sugerir misterio y efusión mística. Es esa modalidad ingenua, llena de amor, llena de entusiasmo, la que ha resucitado Delteil en su Juana de Arco.

Lo ayuda en su empresa manejar con maestría un estilo de líneas sencillas, de colores vivos, diáfanos, cálidos, tal como los usaban los pintores primitivos. La figura de su Juana de Arco baña en oxígeno; hay aire y luz en cada página, en cada párrafo. Después de leído, el libro de Delteil no deja en la memoria *frases*, sino *visiones*, bellas láminas animadas. Leed esta descripción de las apariciones de las Santas amigas de Juana, Santa Margarita, Santa Catalina:

«Juana apacentaba las vacas en el potrero. Se había tendido de espaldas en el suelo, a la sombra de un ciruelo. Mes de Junio de 1424. Estaba cálido el aire.

Alrededor, inmóviles bajo sus pinos y bajo el sol, olorosas a ciruelas, a pasto, a rebaños, las colinas soñaban y dormían. La brisa se mecía a sus anchas en amplio cielo. Había en el mundo tanta vegetación que hasta el cutis estaba verde.

Juana, los ojos a medio cerrar, veía madurar las ciruelas entre hojas copiosas. Sentía las niñas de sus ojos crudas y dulces cual las frutas. Yacía a medio derretir en la tibia atmósfera.

De pronto, desde lo alto del cielo, una mujer empezó a bajar de nube a nube. Surgida del viento y del espacio, formada con vapor y ensueño, se deslizaba por el oro y las rosas de la

mañana. Parecía caer a través de la espesa atmósfera en el sentido de la atracción universal, y sus ojos lejanos miraban a Juana de Arco en las honduras de los Vosgos de Lorena. Se acercaba con velocidad proporcionada con el cuadrado de la distancia, y flotó luego sobre el potrero. Entonces, sus blandas formas se congregaron, sus vestimentas cobraron color. Se posó frente a Juana, en el ciruelo, los pies en el tronco, afirmada la espalda en la rama más gruesa.

Juana se frotaba los ojos...»

Es imposible pintar con más naturalidad lo sobrenatural. Y no podemos dejar de señalar el exquisito primer capítulo, «Bebé», consagrado por Delteil a la infancia de la Santa. Adorable ternura. Realismo más puro que la idealidad. «Juana duerme, no muy limpia, y henchida de vida...»

Habría que hacer prolija enumeración de todas las páginas de aquel libro. La partida de Juana, sus momentos de desfallecimiento, en que la niña de diez y ocho años se estremece de angustia. Su fe victoriosa. Su energía triunfante. De cómo restablece el orden y la moral en un campamento de desvergonzada soldadesca. De cómo se impone, a fuerza de pureza y sencillez, a una corte desmoralizada, a un reyezuelo trémulo. Causa un placer físico leer la descripción que nos da Delteil de la llegada de Juana, sana, robusta, campechana, en el ambiente mórbido de la Corte. Vedla, el día de su presentación al Rey, en Chinon:

«Juana entró, seguro el paso, viva la mirada, fresca la actitud, y, al momento, produjo a los asistentes abundante impresión. Un magnetismo sano emanaba de ella toda. Tenía entonces diez y ocho años, y estaba en todo el brillo de su fresca juventud. Alta y robusta, de nobles andares, el rostro de un ángel ebrio, una ancha boca sensual a lo ancho de mejillas sanguíneas, la nariz espesa de las madres del antiguo testamento, un montón de cabellos rucios sobre la cabeza, el cuello de una torre y una barbilla infantil: era, en verdad, una linda moza...»

Hay quienes reprocharon a Delteil haber insistido en mostrarnos «físicamente» a Juana, hablándonos a menudo y deta-

lladamente de su cuerpo. Tan acostumbrados estamos a considerar los santos y santas como seres no hechos como nosotros, del lodo de la tierra... Hay, al contrario, en esa revelación de la personalidad *física, material*, de un ser bienaventurado, algo que nos acerca a él, algo que nos hace esperar. Quizá si nos rozase la gracia... ya que los Santos también tuvieron un cuerpo sensible, y eso no les impidió ser lo que fueron... Bien equilibrada físicamente, y moralmente bien equilibrada, tal nos presenta Delteil a Juana de Arco. «En Juana, los planos humanos y divinos coinciden». «Es toda salud». «Es toda juventud». «Es una alma fuerte, sin sensiblería, espada en mano». Su rasgo esencial, es un profundo buen sentido. Todas las cualidades humanas necesarias al cumplimiento de su divina misión, las tuvo Juana.

«Juana de Arco es el acuerdo entre el cielo y la tierra».

El libro de Delteil nos hace comprender mejor a Juana de Arco, y, sobre todo, nos hace quererla, quererla intensamente, con admiración, confianza, esperanza...

Es, pues, no sólo un libro hermoso, sino que es también un noble libro.

MARCELLE AUCLAIR.

París, 15 de Octubre de 1925.